

Malla Nunn

Benditos sean los muertos
El tercer caso del detective Cooper

Traducción del inglés de
María Corniero

 Siruela
Nuevos Tiempos / Policiaca

Para Mark

Prólogo

Octubre de 1953

El sonido de unas botas dando patadas contra la puerta de su dormitorio despertó al oficial de la policía judicial Emmanuel Cooper. Apartó las sábanas de golpe y buscó a tientas su arma en la mesilla de noche. Inmóvil en la oscuridad, con el revólver Webley apuntando hacia el umbral, Emmanuel aguzó el oído y esperó a que se desarrollaran los acontecimientos. El sonido se amortiguó y se volvió más orgánico. Sentía su ritmo. No había sido la madera astillándose lo que le había arrancado del sueño. Había sido su corazón. Golpeaba violentamente su pecho como un prisionero tratando de escapar de una celda de músculos y huesos.

Se recostó, respiró hondo y percibió el tenue aroma de un jazmín en flor. Tres meses después de reincorporarse oficialmente a la policía judicial había empezado a tener de nuevo aquellos sueños, esta vez con una intensidad que nunca había experimentado hasta entonces.

La visión habitual de su pelotón agazapado bajo un cielo plomizo surcado por aullantes misiles había dado paso a imágenes dislocadas de llamas rojizas y humo negro. En los nuevos sueños, corría a través de escombros que ardían hacia algo que no lograba recordar. Caía una lluvia de cenizas calientes. La tierra oscura olía a sangre y los gritos apagados de los agonizantes llenaban el vacío. Sabía en qué dirección debía correr, pero las llamas le

cerraban el paso. El humo se volvía cada vez más denso y le abrazaba los pulmones.

Se levantó de la cama de un salto y cruzó el suelo de linóleo hasta la ventana abierta. Un gato que se acercaba furtivamente a una presa invisible a través de la desierta entrada de vehículos se introdujo sin hacer ruido en una enmarañada buganvilla cargada de flores primaverales.

–Emmanuel, vuelve a la cama –dijo una voz soñolienta.

Echó un vistazo a la mujer iluminada por el haz de luz de una farola que se filtraba por las cortinas. Durante el arrebato de pasión habían apartado a puntapiés las sábanas de algodón y Lana Rose yacía desnuda en la cama, su pelo negro como una cinta de seda sobre la almohada.

–Shhh... –chistó Emmanuel automáticamente–. No tardaré ni un minuto.

El gato reapareció, llevando en la boca un lagarto cuya cola se retorció.

–¿Sigues enfadado? –dijo Lana; se acurrucó en la almohada y volvió a dormirse.

–No hay motivos para dejar de estarlo.

La prueba de que debía estar enfadado consigo mismo la tenía en su cama.

Lana era la novia del inspector Van Niekerk, aunque a finales de la semana el inspector sería un hombre casado y Lana emprendería una nueva vida independiente en Ciudad del Cabo. Lo cual no justificaba aquella noche de puro placer. Lana aún sería la amante de su jefe durante unos días y eso tendría que haberla vuelto intocable. Hacía algún tiempo, ese mismo año, Lana lo había invitado una noche a su casa, donde se arrojaron a la cama y se sumergieron el uno en el otro. Pero, a la mañana siguiente, Lana regresó junto a Van Niekerk y sus bolsillos bien llenos. A partir de entonces, se evitaban y hacían como si no recordasen que se complementaban a la perfección. Cuando Lana lo llamó para proponerle tomar una copa de despedida, Emmanuel supo que el adiós definitivo sería en la cama. Y aquella noche, teniéndola a su lado medio tapada por las sábanas, se permitió la ilusoria sensación de no estar solo. Sin embargo, Lana desaparecería de

su vida al alba: una mujer más a la que no había logrado conservar. Completamente desvelado, recordó el consejo que su madre le había dado hacía años.

«Trata de esquivar los problemas en lugar de lanzarte a ellos de cabeza. Aunque solo sea por una vez, Emmanuel», le había dicho después de descubrir escondidos bajo su cama, en la casucha donde vivían en Sophiatown, unos cigarrillos robados. En aquel entonces, Emmanuel tenía doce años y ya era dolorosamente consciente de que nunca llegaría a ser el hombre bueno y amable que ella había soñado que sería.

El teléfono sonó sobre la mesilla de noche y Emmanuel cruzó la habitación. Se llevó el auricular a la oreja.

–*Ja* –dijo en voz baja, para no despertar a Lana.

–Estás levantado. –La voz del inspector Van Niekerk se oía sin interferencias–. ¿Duermes mal, Cooper?

–Duermo muy bien, gracias, inspector –dijo Emmanuel. No tenía intención de dejar que el policía afrikáner se introdujera en su cabeza. Cuanto menos supiera Van Niekerk de su salud mental, mejor. Lana se dio la vuelta y los muelles de la cama rechinaron.

–Estás acompañado –dijo el inspector.

Emmanuel pasó por alto esa afirmación y apretó suavemente con un dedo los labios de Lana.

–¿Qué desea, señor? –preguntó.

Al otro extremo del hilo se produjo una pausa, suficientemente breve como para indicar que su interlocutor estaba poniendo en orden sus ideas, y suficientemente larga como para que a Emmanuel le diese tiempo a imaginar que el inspector sabía cómo había pasado la noche y con quién.

–Haz el equipaje –dijo Van Niekerk–. Para unos cuantos días. Tengo un caso para ti. Un asesinato.

Emmanuel retiró la mano de la boca de Lana y anotó en su libreta los detalles del trabajo. Un homicidio en Roselet, un pueblo de granjeros situado en las cercanías de los montes Drakensberg y a cuatro horas de Durban. Se desconocían la edad, la raza y el sexo de la víctima.

–Saldré a primera hora de la mañana, inspector –dijo, y colgó. Viajar en la oscuridad por los Drakensberg era peligroso debido a los baches de aquellas carreteras de tierra, tan hondos como para bañar en ellos a un niño, y a las cabras y las vacas que andaban sueltas. Esperaría a la primera luz del día para ponerse en camino.

Echó un vistazo al despertador. Las cuatro menos cuarto de un domingo por la mañana. Si el inspector sabía que no podría emprender el viaje hasta después de unas horas, ¿por qué lo había llamado en mitad de la noche? Van Niekerk nunca hacía nada sin motivos. ¿Cuál sería el motivo en esta ocasión?

–Emmanuel... –Lana se estiró contra las sábanas arrugadas levantando los brazos sobre la cabeza–. ¿Tienes que irte ahora mismo?

–No. –Se inclinó hacia delante y le sujetó las muñecas sobre el colchón, sintiendo el calor de su piel y el pausado tamborileo de su corazón–. Ahora mismo no.